que tantos males ha causado á la humanidad. Partiendo, pues, de este punto infalible, nos vemos precisados á confesar que el primer boticario fué Lucifer, y que la primer medicina que produjo la muerte del hombre, fué una manzana.

No quiero decir con esto que porque hayan cogido por enseña al Diablo en figura de serpiente los boticarios, sean ellos diablos, no; hasta ahora confieso francamente que no me han hecho daño alguno, seguramente porque aun no he necesitado de sus medicinas: de suerte que yo solo tengo motivos para quererlos como á.... prójimos, así como no dudo de que ellos me querrán, siquiera por el largo estudio que he tenido que hacer para llegar á descubrir que el primer boticario del mundo fué un alto personaje, nada menos que un príncipe, al cual han dado mas súbditos con sus pócimas, que Neron, que Bonaparte y Attila.

—¿Acaba ahí el capítulo del boticario?

—Sí, señor gallo.

—Pues no me parece mal, porque es cierto cuanto de los farmacéuticos has dicho: los rótulos en latin son el antifaz que dan valor á la agua, hoy que todos se disfrazan para pasar por lo que no son.

—Ya que habeis tocado el punto de los disfraces, quiero que escucheis un artículo que sobre este particular tengo escrito.

—Ya te escucho.

CAPITULO XVI.

UNA NOCHE DE MASCARAS.

Donde verá el lector que este mundo no es sino un baile de máscaras dande todos andan disfrazados.

—Estos dias de Carnaval son de cosecha para el demonio: decia D. Caralampio Sacristia, á su esposa Doña Rosario Camándulas. ¡De cuántos medios se vale este enemigo sagaz para pervertir las almas!.... Esa careta da libertad al hombre mas tímido; y la jóven mas recatada, persuadida de que nadie la conoce con ella, tras-

pasa los límites que señala el pudor, y.... despues de algun tiempo, para ocultar á los ojos de los curiosos lo que la conviene, finge estar mala, y va á alguna aldea para conseguir, lo que dice D. José María de Salas y Quiroga en este epígrama, que consiguen otras muchas.

En el campo, ciertos años,
Las aguas mas celebradas
Tienen dotes muy estraños,
Pues vemos que de esos baños
Muchas vuelven *mas delgadas.*

¡Ah! Roguemos al Señor, amada esposa, por esos desgraciados que, sin acordarse de que hay infierno, dejan ir su alma por el torrente de las pasiones mundanas, sin cuidarse de lo que dice Isidoro Perez de Celis en su poema *Filosofia de las costumbres,* que á la primera

La eternidad cual su mansion la espera
Al terminar la temporal carrera.

La eternidad, sí; pero la eternidad horrible á que están condenados todos aquellos que se apartan del camino de la virtud.

—Pero acuérdate, querido Sacristia, que tambien nosotros ántes de casarnos, hace cuatro años, asistíamos á los bailes de máscaras; y aunque de ello estoy, como sabe Dios Nuestro Señor, arrepentida, no me parece que estará de sobra, el que esclamemos con Juan Martinez Villergas:

Ya no me atiza
La tentacion;
Tengo ceniza
De salvacion.

Mis torpes vicios
Sacudiré,
Y á los Oficios
No faltaré.
Hielos y nieblas
No han de evitar,
Que á las Tinieblas
Vaya á rezar;
Y así sin sustos
Iré tambien,
Donde los justos:
Amén, amén.

—Sí; amén Jesús. Aunque no hay duda, amada Camándulas, que las que deben cargar con todo el peso del pecado, son esas mugeres de vida reprensible que asisten á los bailes de máscara para engañar á los hombres.

—Tienes razon, querido Sacristia, en decir que con el objeto de engañar á los incautos, van esas mugeres disfrazadas, procurando confundirse con las verdaderas señoras; pero como dice la poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz:

¿Cuál mayor culpa ha tenido
En uno pasion errada,
La que cae de rogada,
O el que ruega de caído?
O ¿cuál es mas de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
O el que paga por pecar?

Pero dejemos por ahora el averiguar quién sea el ma

culpable, y marchémonos á dormir, porque el frio y el sueño son enemigos que solo entre sábanas se vencen.

—Sí; y cuando el astro fulgente
Que la tierra fecundiza,
Brille en el rosado Oriente,
Iremos á que en la frente
Nos coloquen la ceniza.

Y al decir esto Sacristia y su esposa Doña Rosario Camándulas, se dieron las buenas noches, y cada uno entró en su alcoba: [bueno será que sepa el lector que Sacristia seguia en esto la costumbre inglesa, motivo por el cual no habia, ni se necesitaba, cama matrimonial.] Pero no bien habia pasado una hora, cuando la esposa, persuadida de que Sacristia dormia profundamente, salió de su cuarto, vestida con un rico trage de baile, y cubierto el rostro con una careta de seda carmesí. El esposo que era amigo de aventuras, no obstante su aficion á rogar por la salvacion del próximo, salió tambien disfrazado; pero á tiempo ya en que su consorte [á quien juzgaba entregada al sueño] se hallaba en el teatro divirtiéndose grandemente. Sacristia, vestido de moro, salió con mucha precaucion de casa, y se dirigió al mismo punto en que Rosario se veía rodeada de infinitos jóvenes que la obsequiaban.

—Mascarita, dijo el esposo acercándose á su esposa, á quien no conoció: ¿quieres bailar conmigo el wals que está anunciado?

—No, no; ¡Jesus! yo bailar con un moro!....con un herege!....no en mis dias.

—Deja los aspavientos, linda mascarita, que cuando hemos llegado á una época en que los llamados cristianos, tiran contra la Iglesia, nada debe admirarte; y ademas, yo aunque moro, respeto la creencia de los otros, porque mi corazon no está corrompido.

—Esa es la principal recomendacion de cualquier hombre; y por lo mismo ya no me es repugnante tu compañia.

—¿Es decir que bailarás conmigo?

—¿Eres noble?

—¡Noble!.... Ya no hay nobles: todos somos iguales: ciudadanos libres.

—¿Libres? Riete de eso: sí; libres son los ricos; pero el humilde ciudadano....

—Es tambien libre: igual al presidente, ante la ley.

—Digote que eso es soñar el ciego que veia. Desengáñate; para los pobres no hay libertad!....

—Dejemos para despues esas reflexiones, y salgamos á bailar, pues ya la orquesta está tocando el wals que me has prometido.

—Tienes razon, vamos.

Sacristia y su esposa Doña Rosario Camándulas bailaron el wals; pero tan agradable le fué á cada cual la conversacion y compañia del otro, que se prometieron no separarse en toda la noche, y bailar juntos todas las piezas que tocasen.

—¿Quieres, hermosa encubierta, tomar un vaso de helado? le dijo Sacristia al concluir una polka que les habia fatigado.

—Gracias. en este momento no apetezco ninguna cosa.

—¿Ni sangria?

—Nada absolutamente: he cenado ántes de venir.

—¿Y has venido sola?

—Sí, sola.

—¿Es posible?

—Las feas nó necesitan compañía, pues su misma fealdad las cuida; oye si no lo que dice Salas y Quiroga:

Con esa cara de berza
¿Por qué me afirmas, María,
Que eres honrada? A fé mia,
Tú habrás de serlo por fuerza.

—¡Oh! pero ese epígrama no puede corresponderte: tu mano, tu esbelto cuerpo, tu pequeño pié, y lo poco que he podido descubrir de tu blanco rostro, me hacen creer que eres hechicera.

—¡Já, já, já!..... ¡hechicera!..... Si me quitara la careta, echarias á correr.

—No: me arrojaria á tus plantas lleno de amor. ¡Ah! sí; haz la prueba: quítatela, y verás que te has engañado.

—Eso es imposible por ahora: aquí hay muchos que me conocen, y podrian decir á mi marido que me habian visto en el baile.

—¿Pues qué, has venido sin licencia de tu esposo?

—Se supone; de lo contrario no me encontrarias en este sitio.

—¿Tanto aborrece los bailes?

—Muchísimo: para él, todo aquel que se disfraza, está condenado.

—¡Vaya un simple!

—De suerte que la mayor parte del año estoy sin asistir á diversion alguna, para que esté contento.

—Muy mal hecho.

A ese esposo impertinente
Que te impide solazar,
Le debieras colocar
Alguna cosa en la frente.

No hay duda que tu marido haria muy buena pareja con mi muger.

—¿Tú tambien eres casado?

—Sí, por mi desgracia; y, como tú, me he visto obligado á salir ocultamente de casa, pues si mi esposa, que solo piensa en rezar, supiera que yo estaba aquí, pedia su divorcio.

—Es decir que vives aburrido con ella.

—No solo aburrido, sino desesperado: así es que cuando leo este epígrama de Salas y Quiroga:

Huyendo de su consorte,
Muger de influjo en la córte,
A un pozo se echó Guillen,
Y por Cristo que hizo bien.

Digo: si se parecia á la mia, no solo hizo bien; sino santamente.

—Es la mayor desgracia, el que sean los esposos de génios tan encontrados.

—Yo necesitaba una muger del carácter tuyo para haber sido feliz.

—Y yo con un jóven aficionado como tú, á diversiones, hubiera vivido contentísimo.

—Gracias, mascarita; pero vamos á tomar algo que nos resfresque, porque hace un calor insoportable.

—Como tú quieras.

Y los dos esposos entraron al café del teatro.

Dejemosles, pues, engañándose mútuamente, y recorramos, por un momento, contribuyente lector [te pagaré la entrada] el teatro Nacional, ese elegante edificio donde se escucha el continuo guirigay de las infinitas máscaras que hormiguean por todo el salon, aturdiendo á todos los que no han tenido la dicha de nacer sordos; y digo á todos los que no han tenido la dicha, porque los que van sin careta á tal sitio, tienen que hacer oidos

de mercader (como quien dice de miembro municipal) á las verdades que les digan, como hacen los del ayuntamiento á los gritos de la poblacion para que compongan las calles.

Ved, ved esa mul,itud de *pollos*, seres equívocos que fuera dificil conocer á qué género pertenecen, si al masculino ó al femenino, si no lo revelara el delicado mostacho y el trage que llevan. Vedlos, repito, discurrir por el salon, con toda una perfumería encima, con la cabeza erguida, dirigiendo el lente á las bellas que están en los palcos, y prendados de sí mismos, juzgándose los mas seductores de los vivientes. Pero sabeis ¿á qué clase de la sociedad debeis aplicar el nombre de pollos?.... Os lo diré, amados lectores. Cuando veais uno de esos niños de 18 á 22 años, que empieza á hombrear, que en nada se ocupan sino en componerse para hacer, como ellos dicen, conquistas: [este es el siglo de los conquistadores] que fátuos y pedantes, esclaman, en alta voz, que no hay ninguna muger fiel; y que echándola de despreocupados,

Pues para mayor baldon
De la juventud presente,
La despreocupacion
Es entre la imberbe genite
La primer preocupacion.

Se mofan de lo mas sagrado de nuestra religion, podreis decir, sin temor de equivecaros:

Ese quidan sin meollo,
Mono de frac y baston.
Ea, á no dudar, un pollo
Que sale del cascaron.

Pero detengámonos en uno de los círculos de estos entes que son el hazme--reir de las jóvenes sensatas. Allí están cuatro de ellos con dos mascaritas á quienes tienen empeño en conocer: oigamos lo que le dice una de las máscaras, á otro de los *pollos*.

Mascarita. ¿Con que no das en quién soy
En esta noche Mariano?
Mariano. ¡Imposible!..... ¿A ver la mano?
Mascarita. Mírala: ya te la doy.

Mariano. ¡Oh!.... que mano.... deja, deja
Ver tu cara, en mi pasion.
Mascarita. Es mejor la de carton,
Pues la original ya es vieja.

Mariano. ¡Ah! pues bien tu boca salva
De ese maldito antifaz.
Mascarita. Bien: ve un poco de mi faz.
Mariano. ¡Ah! no es mas hermosa el alba,

¡Qué barba.... sí; yo me abismo....
Yo te amo tierno pimpollo.
Mascarita. ¡A una vieja amar un *pollo!*....
Seria un anacronismo.

Mariano. ¿Quieres tomar un helado?
Mascarita. No sé que dirá mamá.
Mariano. ¿Es la que á tu lado está?
Mascarita. La misma que está á mi lado:

¿Qué dice usted, mamá mia?
Vieja. Lo que tú quieras, por Dios.
Mariano. Vamos el brazo las dos.
¡Oh dulce paloma mia!....

Y dando el brazo á las dos máscaras, se acercó á sus amigos, lleno de satisfaccion, orgulloso de llevar á su lado tan linda mascorita, y dijo á uno de ellos al oido: la niña está ya como una tortolita: dentro de media hora no respondo de su virtud.

Y aunque su mamá me aqueja
Con su pesado volúmen,
Un refran dice, en resúmen,
Que no existe albúr sin vieja.

Y Mariano desapareció del salon del baile, y entró con sus dos incógnitas al café, donde pidió tres helados con sus correspondientes bizcochos. Pero mientras este tierno pollo se deshace en obsequios con sus compañeras, acerquémonos á la mesa contigua, donde están sentados, Sacristia y su esposa.

—Ya te conozco, moro.

Dijo acercándose al marido, uno de los muchos que andaban sin disfraz.

—¿Me conoces?

—Sí: quieres que te lo diga?

—Sí; pero al oido.

—Eres, Caralâmpio Sacristia.

—No me descubras.

—Pierde cuidado. Y tu compañera [esto en voz alta] es tu cara costilla, no lo puede negar: su modo de andar airoso, su pié, todo es de ella.

—Estás en eso en un sueño:
Tiene aquella mas cintura:
Tiene ésta el pié mas pequeño,
Y es mas linda que mi dueño
Esta hermosa criatura.

—No me asombro: que es tu esposa,
Y nos gusta mas lo ageno:
Tu muger es muy hermosa.
—Mas no negarás, Moreno,
Que esta es mucho mas graciosa.

—¿Con que te agrado mas que tu muger? dijo Doña Rosario, que solo habia podido entender las últimas palabras. Pues si me quitara la carátula, mudabas de opinion.

—Seguramente: replicó Moreno, persuadido de que sabia con quien hablaba.

—Segun eso, Morenito, repuso la mascarita, no te disgusta la muger de tu prójimo?

—No; pero yo respeto las cosas agenas; y sobre todo, la virtud de las cosas, cuando las cosas....

—Nos acosarian con un acusamiento, ¿no es verdad? Pero dime, Morenito, ¿cuál es el nombre del compañero amable que tengo?

—Eso me es imposible, mascarita, le dije su nombre al oido, para que viera que lo habia conocido.

—Bien: no tengo empeño: ya lo sabré despues.

—¿Y tú me conoces á mí, mascarita?

—Como á los dedos de mis manos. Vas á mi casa con mucha frecuencia.

—¿A tu casa?

—Ciertamente.

—A ver tu mano.

—Tómala tierno y ufano,
Aunque es malo darla á fé;
Pues el hombre necio y vano,
Cuando se le dá la mano,
Se quiere tomar el pié.